

CAPITULO II.

El baron de Gilsland marchaba con paso detenido, y con aspecto taciturno. Desconfiaba mucho de sí mismo, excepto en el campo de batalla, y convencido de la pequeñez de sus alcances, se limitaba á extrañar las ocurrencias que un hombre de ima-

ginacion mas viva habria procurado entender, ó á lo menos investigar y examinar de cerca. Parecíale sumamente extraordinario que el arzobispo de Tiro hubiese mirado con tanta ligereza la maravillosa cura de que habia sido testigo, y la probabilidad de que el rey recobrase por el mismo medio su salud, que tanto importaba á la cristianidad, y que al mismo tiempo, le fuesen tan interesantes las idas y venidas de un pobre caballero escoces, que tan poco ruido hacia en el mundo, y que de tan poco peso debia ser en la balanza de los negocios: por lo cual, y á despecho de su acostumbrada indiferencia á los sucesos en que no tomaba parte, llegó á luchar con las conjeturas y recelos que se agolpaban á su fantasía.

Al fin se le ocurrió la idea que todo aquello podria ser una trama contra el rey Ricardo, urdida en el campo de los aliados, y en la cual estaria quizas implicado el arzobispo, de quien se decia generalmente que era un político tan astuto como poco escrupuloso. A los ojos del baron, no habia de-

bajo de la bóveda del cielo un hombre mas perfecto que su amo, el cual siendo la flor de la caballería, el caudillo de los caudillos cristianos, y el mas fiel ejecutor de los mandatos de la santa Iglesia, poseia con esto las mas altas perfecciones, que, segun sir Tomas, podian caber en un mortal. Tambien sabia por experiencia que las prendas generosas de Ricardo le habian atraido tanto desafecto y censura por una parte, como honor y cariño por otra, y que en el mismo campamento cristiano, y entre los mismos príncipes que habian pronunciado el juramento de la cruzada, habia algunos que de buena gana hubieran sacrificado toda esperanza de victoria, á la ruina, ó cuando menos, á la humillacion y abatimiento de Ricardo de Inglaterra.

— Por tanto, decia el baron, hablando consigo mismo, no parece fuera de toda posibilidad que este médico árabe, con los brebages que al escudero escoces ha administrado, se proponga tan solo acreditarse de docto, y ganar la confianza del rey, y

acercarse á su persona, hallándose quizas de acuerdo con el del Leopardo, y quizas con el mismo arzobispo, no obstante ser un príncipe de la santa Iglesia.

Estas sospechas del buen sir Tomas no estaban á la verdad de acuerdo, con el susto y sobresalto que manifestó el arzobispo, cuando supo que sir Kenneth habia vuelto de su mensaje. Pero De Vaux se dejaba llevar únicamente por las preocupaciones generales que en las diferentes aventuras de su vida habia adquirido, las cuales le habian dispuesto á creer firmemente que un astuto prelado italiano, un falso y descarado Escoces, y un curandero mahometano, eran tres pestíferos ingredientes, de los que nada bueno y sí mucho daño podia aguardarse. En virtud de todas estas consideraciones resolvió confiar cuanto habia visto y conjeturado al rey, de cuya discrecion y prudencia tenia tan alta idea como de su intrepidez y valor.

Al mismo tiempo habian ocurrido algunos incidentes de un todo opuestos á los

recelos y suposiciones que agitaban el ánimo de sir Tomas. Apenas habia salido de la tienda real, para informarse del estado del escudero, Ricardo, ora por la impaciencia natural de su índole, ora por efectos de la efervescencia que bullia en su sangre, empezó á quejarse de su tardanza, y á manifestar el deseo de que estuviese de vuelta. Procuró sin embargo valerse de toda su razon para dominarse y calmar aquella inquietud que tanto aumentaba su padecer. Fatigó á todos los que le asistian pidiéndoles cuanto podia distraerle, ora el breviario del capellan, ora la trova de algun yuglar de la corte, ora en fin el arpa del trovador: mas de nada servia ninguno de estos recursos. Al fin, pasadas dos horas despues de puesto el sol, y mucho antes de recibir respuesta alguna sobre el éxito de la cura intentada, envió, como ya se ha dicho, un mensagero á la tienda de sir Kenneth, con órden de que compareciese este inmediatamente en su presencia, á fin de distraer su impaciencia oyendo de

la boca del caballero todas las circunstancias de su mensaje y de su romería, así como las de su encuentro con el sabio musulmán.

El caballero del Leopardo, en cumplimiento de aquel superior mandato, entró en la tienda del monarca, como quien está acostumbrado á pisar los umbrales de la opulencia y del poder. Apenas le conocía el rey de vista, por haber concurrido á las fiestas y saraos que Ricardo, con su natural generosidad y galantería, solía dar á los caballeros del ejército; cuyas ocasiones aprovechaba diligentemente el Escocés, no solo por honrarse con aquella distinción que á su grado correspondía, sino también por lograr la dicha de fijar los ojos en la dama de sus ocultos pensamientos. El rey miró atentamente á sir Kenneth, cuando este se le acercaba. Sir Kenneth hincó la rodilla en tierra: volvió á levantarse, y permaneció en pie delante de Ricardo, con un aspecto respetuoso y comedido, mas propio de un guerrero en presencia de su caudillo, que de un vasallo en la de su señor.

— Tu nombre, dijo Corazon de Leon, es Kenneth del Leopardo. ¿Quién te confirió la orden de caballería?

— La espada de Guillermo, el Leon de Escocia, respondió sir Kenneth.

— Bien puede conferir honor aquella espada, continuó el rey, y bien creo que mereces el espaldarazo que de ella has recibido. Testigo soy de que has obrado como caballero y hombre de coraje y brio en el conflicto de la batalla; y antes hubieras experimentado los efectos de mi buena voluntad y protección, si ya no fuera porque tu audacia en otros puntos ha sido tal, que en galardón de tus servicios, solo puedes aspirar al perdón de tu desacato. ¿Qué dices?

Sir Kenneth quiso hablar, mas fué en vano, pues le turbaron en gran manera las palabras del rey y sus penetrantes miradas, con las cuales se figuraba que Ricardo había leído en su alma la osadía de sus esperanzas, y visto el retrato del encumbrado objeto de su amor.

— Y aunque todo soldado, continuó el monarca inglés, debe respeto y veneración á sus superiores, y todo vasallo, sumisión y reverencia á su señor, un valiente caballero merece que se le perdone mayor culpa, que la de tener en el campamento un perro alano, no obstante la prohibición expresa de nuestra real pragmática.

Ricardo continuó mirando á sir Kenneth, el cual sonrió involuntariamente al verse libre de la acusación que tenía, y que las primeras reconvenciones del rey le habían dado á entender.

— Vuestra magestad, dijo el Escocés, no obraría de acuerdo con su conocida magnanimidad, si de otro modo procediera en este negocio. Nosotros, los caballeros de Escocia, con escasas rentas y lejos de nuestros solares, no podemos ostentar el esplendor de los nobles de la corte de Inglaterra, á quienes los Lombardos prestan cuanto dinero necesitan. Para que los Sarracenos experimenten la fuerza de nuestros puños, no está mal que se agregue de cuando en

cuando á las tortas de cebada, tal cual pedazo de venado curado al sol.

— No has menester mi real beneplácito, dijo el rey, puesto que sir Tomas de Vaux, que, como todos mis oficiales y servidores, solo dispone lo que puede agradarme, te ha dado ya el privilegio de montería y cetrería.

— No mas que el de montería, y vuestra magestad perdone que le interrumpa, contestó el Escocés, mas si á este se agregara el de poder llevar un halcón al puño, sendas garzas y gallinetas podría enviar á vuestra magestad para su regalo y servicio de su mesa.

— Presumo, dijo el rey, que si tuvieras un halcón no hubieras aguardado mi consentimiento. Bien sé lo que por ahí se dice de los monarcas de mi línea de Anjou, que tanto nos ofende una infracción de nuestras ordenanzas de montería como una traición contra nuestra real corona: con todo eso, sabemos perdonar semejantes culpas á hombres de esfuerzo y de honor;

mas basta de esto por ahora, que lo que mas interesa es saber cómo, y por cuya autoridad has emprendido esa jornada al desierto del mar Muerto, y á la cueva de Engaddi.

— Por orden y encargo, repuso sir Kenneth, del consejo de los príncipes de esta santa cruzada.

— ¿Y quién es el osado, preguntó el rey, que á dar esas órdenes y mensajes se aventura, sin mi noticia y consentimiento? ¿No soy yo tambien de la liga?

— Con el acatamiento debido á vuestra grandeza, respondió el Escoces, digo que no me toca entrometerme en esos particulares. Soldado soy de la cruz, al servicio, por ahora, de la ilustre bandera de vuestra magestad, y muy honrado con el permiso de seguirla y defenderla: pero quien ha puesto en su pecho la imagen del árbol de la redencion, y se emplea en la del santo sepulcro, está obligado á obedecer las órdenes de los príncipes y caudillos, que esta bendita empresa capitanean y dirigen. La dolencia

que por lo presente aqueja á vuestra magestad, y plegue á Dios que tenga breve término, le ha estorbado asistir á los consejos, en que es tan potente su voz, y tan cuerdo su aviso. Calamidad es esta de que se lamenta toda la cristiandad: pero como soldado, solo debo obedecer á las personas en quienes recae legítimamente la autoridad, á menos de dar un mal ejemplo en el campamento cristiano.

— Bien has dicho, repuso Ricardo, y la culpa no es por cierto tuya, sino de aquellos que las habrán conmigo, cuando plegue á su divina magestad sacarme de este lecho de ocio y de tormento. ¿Y cuál era el objeto de tu mensaje?

— Pregunta es esa, respondió sir Kenneth, á la cual solo podrán satisfacer debidamente los que con su confianza me honraron, y á la que solo puedo contestar incompleta, y quizas erradamente.

— Responde sin rodeos, exclamó el rey, si no estás mal con tu vida.

— Mi vida, señor, respondió el Escoces,

harto aventurada la tengo, y bien poco me importa, desde que á esta remota empresa he venido, la cual mayor galardón me ofrece en la ventura celestial, que en las satisfacciones y dichas terrenas.

— Por el santo sacrificio de la misa, dijo Ricardo, que eres hombre de pro. Los Escoceses, señor caballero, son gentes que yo amo y estimo teniéndolos por bravos, aunque poco afables; y por verdaderos y leales en los negocios graves, bien que la pobreza les obliga á veces á ser artificiosos y disimulados. Algun afecto y consideración me deben en conciencia, por haber hecho de mi grado y buena voluntad, lo que nunca hubieran obtenido por la fuerza de las armas como no lo obtuvieron de mis predecesores. Les he devuelto los castillos de Rorburgh y Berrwick, que eran feudos de mi corona: he restablecido los límites antiguos de los dos estados: finalmente, he renunciado al derecho de homenaje que nunca me pareció justo exigirles. Los otros reyes de Inglaterra los tenían por vasallos

descontentos y rebeldes; yo he querido que sean mis independientes y honrados amigos.

— Todo eso habeis hecho, señor, respondió sir Kenneth, por vuestro real tratado celebrado con nuestro monarca en Canterbury, y aun por eso hemos venido siguiendo vuestro estandarte, y para hacer esta guerra contra infieles, los caballeros escoceses, que hasta ahora habíamos molestado vuestras fronteras. Si tan reducido veis su número, no otra ha sido la causa sino los crueles estragos de la guerra.

— Requíerote pues, continuó el rey, por estos mis buenos oficios para con Escocia, y por el carácter de que me hallo revestido, de miembro principal de esta liga, que me digas cuanto sepas acerca de estas negociaciones y tratados, pues aunque tengo derecho á saberlo de los mismos que los proyectan y fraguan, mas veracidad espero de tus labios que de los suyos.

— Señor, respondió el caballero, os diré la verdad, puesto que vuestras miras se encaminan tan solo al éxito de esta empresa, y

que nacen de un corazón recto y magnánimo, que es mucho más de lo que pudiera decir de otros. Tenga pues entendido vuestra magestad, que mi mensaje era proponer por medio de aquel santo varón de Engaddi, á quien el mismo Saladino reverencia..

— ¡La prolongación de la tregua! dijo Ricardo, interrumpiendo de pronto al Escocés.

— No, por san Andrés, dijo sir Kenneth; sino el convenio de una paz duradera entre Turcos y cristianos, y la retirada de nuestros ejércitos de Palestina.

— ¡San Jorge! dijo Ricardo, como sobrecogido de espanto y confusión. Mal había pensado de ellos, mas no tanto que se sometiesen á esta deshonra y abatimiento. Habla sin miedo, sir Kenneth. ¿Cuáles eran tus intenciones al llevar ese mensaje?

— Mis intenciones eran rectas y honradas, dijo el caballero, porque, viendo al ejército sin el único caudillo que puede guiarle por el camino de la victoria, y convencido de que nada se puede esperar de los que le sucedan, mas prudente me parecía evitar,

que aguardar tranquilo la ruina y el exterminio.

— ¿Y cuáles eran las condiciones de ese propuesto tratado? preguntó el monarca, reprimiendo á duras penas el despecho que estallaba ya en sus miradas.

— Las condiciones, dijo el del Leopardo, no me eran conocidas. Púselas selladas en manos del santo varón.

— ¿Y qué piensas, dijo el rey, de ese ermitaño? ¿Es santo, es loco, es traidor?

— Su locura, señor, continuó el Escocés, no es más que un artificio para cautivarse el respeto de los paganos, que miran á los locos como inspirados del cielo, y aun por esto lo aparenta en ciertas ocasiones, y cuando más conviene á su propósito, mas no se nota en su porte general y conversacion el menor síntoma de destempe.

— Verdad puede ser, dijo el monarca, reclinándose de nuevo en la cama, de que había procurado alzarse, durante el principio de esta conversacion. ¿Y en cuanto á su penitencia y austeridad

— Su penitencia, repuso sir Kenneth, me parece sincera, y afecto del remordimiento producido por algun grave delito, por el cual, segun dice, se halla condenado á eterna reprobacion.

— ¿Y cuál es su opinion acerca de la guerra actual? preguntó Ricardo.

— Paréceme, señor, dijo sir Kenneth, que ha llegado á desesperar de la seguridad de Palestina, como de la salvacion de su alma, á menos de sobrevenir un milagro del cielo; sobre todo, desde el punto y hora en que Ricardo de Inglaterra no capitanea las huestes de Cristo.

— ¡Y por tanto, exclamó el rey, la cobarde política de ese ermitaño fomenta la de esos mezquinos príncipes, que en desprecio de su fe y promesa, y pleito homenaje, solo son arrojados y decididos cuando es llegada la hora de la fuga! ¡Malsines! Echen á correr si quieren, y atropellen á su moribundo aislado, ya que no osan atacar de frente al enemigo.

— Vuestra magestad me permita decirle,

repuso el Escocés, que esas palabras parecen hijas de la fiebre, y que la dolencia de Ricardo es enemigo mas formidable á las armas cristianas, que todos los enjambres de infieles que pueda arrojar de su seno el Asia.

El rostro de Ricardo parecia, en efecto, extraordinariamente inflamado y enrojecido; sus ademanes eran desconcertados y violentos. La contraccion de sus músculos, y su respiracion agitada y desigual, indicaban los dolores del cuerpo y las ansias del corazon, mientras su espíritu, como en despecho de ambos, y enseñoreándose sobre aquella borrasca de tormentos, le conservaba desembarazada la reflexion, y expedita la lengua.

— Puedes adularme, sir Kenneth, dijo el rey, pero hartó será que me alucines. Aun tengo que saber de tí otras cosas. ¿Vistes á mi real consorte en Engaddi?

— No puedo decir si la he visto, respondió sir Kenneth con gran turbacion, teniendo presente la procesion nocturna de la capilla.

— Pregúntote, continuó con voz mas firme el monarca, si has estado en la capilla del

convento de monjas carmelitas de Engaddi, y si has visto en él á Berenguela, reina de Inglaterra, y á las damas de su corte, que han ido con ella en romería.

— Señor, respondió sir Kenneth, la verdad os diré, como si me hallase á los pies del confesor. En una capilla subterránea á que me condujo el santo anacoreta, ví á unas damas que adoraban la mas sagrada de las reliquias; pero como no ví sus rostros, ni oí sus voces, salvo en los himnos que cantaban, no puedo decir á vuestra real magestad si estaba entre ellas la reina mi señora.

— ¿Y no habia entre ellas alguna que tú conoces? preguntó el rey.

Sir Kenneth no respondió.

— Lo que te pregunto, dijo Ricardo, apoyando el codo en la almohada, como caballero, y soldado, y tu respuesta me hará conocer si estos títulos mereces, es si conoces á alguna de esas damas que en la capilla de Engaddi has visto.

— Señor, respondió turbado sir Kenneth, creo que sí.

— Y yo tambien lo creo, dijo Ricardo, con voz alterada, y ceñudo sobrecejo, mas basta por hoy. Leopardo eres; guárdate de provocar la garra del Leon. Enamorarse de la luna, es desvarío; lanzarse á ella desde los bastiones de un castillo, es muerte y perdicion.

En este instante se oyó algun ruido en la antecámara del rey, el cual, mudando de aspecto, y suavizando la voz. Anda, dijo, en busca de De Vaux, y de ese doctor árabe que Saladino me envia. Mi vida está en manos del soldan, abjure su falsa ley, y yo le ayudaré con todo el vigor de mi brazo á arrojar de sus dominios esa turba francesa y austriaca, y tan bien gobernada estará asi la Palestina, como en tiempo de sus antiguos reyes, ungidos por decreto especial del cielo.

Retiróse el caballero del Leopardo, á tiempo que el gentilhombre de guardia entró en la cámara del rey, y anunció una diputacion del consejo, que venia á presentarse al monarca de Inglaterra.

—¿ Quiénes son los embajadores? preguntó Ricardo.

— El gran maestro de los templarios respondió el gentilhombre, y el marques de Monserrate.

— Francia no gusta de visitar enfermos, dijo el rey: mas Ricardo no se hubiera separado de la cabecera de Felipe á verse este en la misma situacion. Jocelyn, arregla esta colcha, que parece un mar en borrasca; dame ese espejo de acero; pásame un peine por el cabello y por la barba, que parecen melenas de leon; tráeme agua.

— Señor, dijo temblando el gentilhombre, los médicos han prohibido á vuestra magestad el uso de agua fria.

— Confúndalos Barrabas, exclamó Ricardo, ya que no pueden curarme, que no me atormenten á lo menos.

El gentilhombre obedeció; y el rey, despues de haberse lavado, entren, dijo, esos embajadores, no dirán ahora que la enfermedad ha hecho á Ricardo descuidado en su persona.

El célebre maestre de los templarios era de alta estatura, flaco, de aspecto duro y guerrero, sombrío aunque penetrante en sus miradas, y su poblado entrecejo indicaba, en su espesa oscuridad, los tenebrosos proyectos é intrincadas maquinaciones que en su cabeza se anidaban. Colocado al frente de aquella órden extraña y equívoca, en que los individuos no eran nada, siendo tan poderoso y terrible su conjunto, solo pensaba, y solo promovia sus propios intereses y ventajas, aun á expensas y con sacrificio de la religion, que el cuerpo entero habia jurado sostener, con las armas en la mano. Aunque sacerdote cristiano, acusábanle generalmente de heregía y nigromancia; y aunque obligado por sus votos á proteger, y rescatar el santo sepulcro, sospechábase en todo el ejército que tenia secretas inteligencias y liga con el soldan. El carácter personal del gran maestre, era, como su órden, un enigma que nadie podia entender, y en que nadie osaba penetrar. Su traje era el manto blanco de que los

templarios usaban en las ocasiones solemnes, y llevaba en la mano el *abacus*, ó báculo simbólico de su ministerio, cuya peculiar hechura habia dado lugar á las conjeturas mas singulares, puesto que no faltaba quien creyese que esta órden de caballeros cristianos respetaba los mas absurdos misterios del paganismo.

El exterior de Conrado de Monserrate era mucho mas galan y agradable que el del tétrico y misterioso personage que le acompañaba. Era de bello parecer, de mediana edad, aunque tirando mas bien á la vejez; valiente en campaña, sensato en el consejo, y alegre y cortés en tiempo de solaz y de fiesta; mas, se le echaba en cara la versatilidad de sus opiniones, su mezquino y ambicioso egoismo, sus ocultos deseos de extender el territorio de su principado, á expensas del reino Latino de Palestina, y las negociaciones privadas que habia entablado con Saladino, á fin de alcanzar el término de su política en daño de toda la liga cristiana.

Hechos por estos dos magnates los saludos

de estilo, y cortesmente devueltos por el rey Ricardo, el marques de Monserrate empezó á exponer los motivos de aquella visita, diciendo que eran enviados al real pabellon, por los reyes y príncipes que componian el consejo de la cruzada, los cuales deseaban con ansia tener noticias de la salud de su magnánimo aliado, el valiente rey de Inglaterra.

— Me consta, respondió el rey, el afectuoso interes con que los reyes y príncipes del consejo miran el estado de mi salud, y aun por esto me hago cargo de lo mucho que habrán padecido estos catorce últimos dias, durante los cuales han tenido á bien comprimir los movimientos de su curiosidad, temerosos sin duda de agravar mi padecer con las demostraciones de su inquietud.

Esta respuesta detuvo el torrente de la elocuencia del marques, y le dejó algun tanto confuso. Su torvo compañero tomó el hilo del discurso, y con toda la sequedad y grave laconismo que el respeto permitia delante de un monarca, dió parte al rey de

que venian diputados por el consejo, para rogarle en nombre de la cristiandad, no pudiese su preciosa salud en manos de aquel físico infiel, enviado por Saladino, ínterin el consejo, por las medidas que para ello habia tomado, no confirmase ó removiese las sospechas que, en sentir de todos sus ilustres miembros, debian excitar tan no vistas ocurrencias.

— Gran maestro de la santa y valiente orden de los caballeros del Templo, y vos, muy noble marques de Monserrate, respondió el monarca, si teneis á bien retiraros en la inmediata antecámara, pronto seréis testigos del aprecio en que tengo la esmerada benevolencia de nuestros altos y reales hermanos, y compañeros en esta santa guerra.

El marques y el gran maestro se retiraron y no habian estado muchos minutos en la antecámara, cuando vieron entrar al médico sarraceno, en compañía del baron de Gilsland, y de sir Kenneth el del Leopardo. El baron entró algo despues que los otros dos,

por haberse detenido en la puerta, á dar algunas órdenes á los guardias.

El Arabe hizo al entrar una profunda reverencia á estilo oriental, dirigiéndola al gran maestro y al marques, cuyas altas dignidades se echaban de ver en sus ropages é insignias. El gran maestro devolvió el saludo con desdeñosa frialdad, y el marques con aquella afable cortesía, que practicaba con toda clase de gentes, sin distincion de gerarquía ni clase. A esta introduccion siguió una breve pausa; porque el Escoces, aguardando la llegada de De Vaux, no osaba de su propia autoridad pasar adelante ni introducirse en la cámara del rey; en cuyo intervalo, el grand maestro, dirigiéndose gravemente al musulman: — Infiel, le dijo, ¿tienes ánimo bastante para practicar el arte que profesas, en la persona de un soberano ungido, gefe de las huestes cristianas?

— El sol de Alá, respondió El Hakim, da sus rayos al Nazareno, como al verdadero creyente, y su servidor no distingue entre uno y otro, cuando es llamado á ejercer el

precioso arte que posee, de dar la salud.

— Deslumbrado Hakim, continuó el templario, ó como quiera que te llames, ¿sabes que si el rey de Inglaterra muere á efecto de tus drogas, sera dividido tu cuerpo por cuatro caballos indómitos?

— Injusta seria tamaña crueldad, respondió el sabio, puesto que solo me es dado usar de medios humanos, y que el éxito está escrito en el libro de la luz.

-- Considerad, reverendo y valiente gran maestre, dijo el de Monserrate, que este sabio no está enterado en las obligaciones de nuestra orden de caballería, fundada en el temor de Dios, y para defensa de sus ungidos. Ten entendido, grave doctor, de cuyo saber no dudamos, que el medio mas sensato que debes adoptar, es comparecer ante el ilustre consejo de nuestra santa liga, y dar cuenta en él, y en presencia de los sabios y eruditos médicos que designe, de los métodos y prácticas de que piensas hacer uso en la cura de este alto y potente monarca; no de otro modo podrás evitar el peligro que te amenaza, si

temerariamente tomas á tu solo cargo, y bajo tu responsabilidad materia de tanto peso y consecuencia.

— Magníficos señores, dijo El Hakim, comprendo el objeto de vuestra proposicion. Sabed empero que la ciencia tiene campeonnes, como la milicia, y mártires como la religion qui profesais. Yo vengo mandado por mi soberano, el soldan Saladino, para curar á este rey nazareno, y con la bendicion del profeta, su precepto será obedecido. Si no acierto, espadas llevais sedientas de sangre de los verdaderos creyentes, y yo presentaré el pecho á vuestros golpes. Mas en ningun caso me reduciréis á razonar con un incircunciso sobre la virtud de las medicinas de que he adquirido conocimiento, por la gracia del profeta, y os ruego por tanto, no me pongais demora, ni retardeis el ejercicio de mi ministerio.

— ¿Quién habla de demoras y detenciones, preguntó el baron? que á la sazón entraba apresuradamente en la antecámara: demasiadas demoras ha habido. Dios os guar-
3.

de, marques de Monserrate, y á vos, valiente gran maestre, y perdonad que no me detenga, pues antes que todo es introducir este sabio musulman á la cámara de mi amo.

— Milor, dijo el marques, en lengua normanda, ¿ sabeis que venimos de parte del consejo de los reyes y príncipes de la cruzada, á representar contra la determinacion de confiar á un físico infiel y desconocido, la importante salud de vuestro amo el rey Ricardo ?

— Noble marques, respondió con prontitud sir Tomas, ni puedo detenerme á perder el tiempo en palabras, ni gusto mucho de conversacion; ademas de lo cual, estoy mucho mas dispuesto á creer lo que ven mis propios ojos, que lo que oyen mis oidos. Estoy satisfecho y convencido de que este pagano puede curar el mal de Ricardo, y creo, y confio en que hará cuanto de su parte esté. El tiempo es precioso. Si el mismo Mahoma, á quien Dios maldiga, se hallara á la puerta de la tienda, con el mismo loable intento que el de este Adonebec el Hakim,

pecado seria detenerle un solo minuto : con que, bésoos las manos, y vamos á lo que importa.

— El rey mismo, repuso el de Monserrate, quiere que estemos presentes, cuando este físico entre á asistirle.

El baron habló á parte con el gentilhombre, sin duda para averiguar la verdad del caso. Despues volvió á dirigirse á los dos diputados del consejo, y les dijo : — Señores, si asi os agrada, seréis bien recibidos en la cámara de mi amo, pero sea en la inteligencia de que todo el que interrumpa de accion ó de palabra á este sabio físico en el cumplimiento de su deber, saídrá de la tienda, arrojado por mi mano, sin consideracion alguna á empleo ó gerarquía; porque digo y repito que estoy satisfecho de la virtud de sus medicinas, y que si se negara á tomarlas el rey, por la vírgen del monte Carmelo nos veriamos las caras, y tendria que tomarlas, mal que le pesase. Vamos adentro El Hakim.

Dijo estas últimas palabras en lengua fran-

ca, y el físico obedeció sin detenerse. El gran maestro frunció el gesto, al ver la poca ceremonia del baron, pero miró al marques, y desarrugó en cuanto pudo la frente. Los dos siguieron á sir Tomas y al Sarraceno al aposento en que Ricardo aguardaba á este, con la impaciencia que todo enfermo experimenta en casos semejantes. Sir Kenneth, cuya presencia no habia sido requerida, mas á quien no se habia negado la entrada, creyó que en las circunstancias en que se hallaba, era de su deber seguir los pasos de El Hakim; pero conociendo la inferioridad de su gerarquía, se mantuvo respetuosamente en un rincon de la cámara.

Ricardo, al ver entrar esta comitiva, dió rienda suelta á su natural franqueza y locuacidad, dirigiendo sucesivamente la palabra á cada uno de los que entraron. Mis nobles aliados, dijo á los diputados del consejo, yo os saludo como á representantes de la liga cristiana; pronto estará Ricardo á vuestro lado en el campo del honor, si no van antes á la tierra los despojos de su humanidad. De

Vaux, viva ó muera tu amo, recibe el testimonio de su gratitud. ¿Quién es ese otro, que mis ojos tuados por la fiebre no pueden distinguir? ¡Ah sir Kenneth! ¡El que quiere subir al cielo sin escalera! Sea igualmente bien venido. Vamos, señor Hakim, manos á la obra.

El físico, que de antemano se habia informado de los síntomas varios que habia presentado la enfermedad del rey, le tomó el pulso, y le estuvo observando largo rato con la mayor atencion, en tanto que permanecian suspensos todos los asistentes, callados, y fijas las miradas en el doctor y en el paciente. El sabio dejó el pulso, llenó una copa de agua fresca, introdujo en ella la bolsa de que habia hecho uso en la cura del escudero, y cuando creyó que estaba preparado el remedio, presentó la copa al monarca, el cual detuvo su movimiento, diciéndole: Aguarda un poco; tú me has tomado el pulso, yo voy ahora á tomar el tuyo, que tambien entiendo algo de medicina, como todo buen caballero.

El Arabe presentó el puño sin vacilar, y el rey tomó en sus anchas y nervudas manos, las sùtiles y delicadas del Sarraceno.

— Su sangre late tan plácidamente como la de un niño, dijo Ricardo, no late así la del que va á emponzoñar á un príncipe. De Vaux, que viva ó que muera, despide á El Hakim con honor y seguridad. Amigo, mil cosas de mi parte al noble Saláдино. Si muero no muero sospechando su buena fe; si vivo, le daré las gracias como á un guerrero corresponde.

Dicho esto se sentó en la cama, tomó la copa de manos del físico, y encarándose con el marques y el gran maestre: Oid, les dijo, estas palabras, y repetidlas despues bebiendo un vaso de vino de Chipre: « al honor inmortal del primer caballero cruzado que clave espada ó lanza en las puertas de Jerusalem: á la ignominia y eterna infamia de cualquiera que vuelva la espalda al arado en que ha puesto la mano. »

Apuró la copa, la devolvió al Arabe, y se dejó caer en los almohadones. El físico en-

tonces, en señas mudas pero expresivas, dió á entender que todos debian retirarse menos él y sir Tomas, á quien ninguna fuerza humana hubiera podido arrancar de aquel sitio. Todos le obedecieron.